

DOLORS THION SORIANO-MOLLÁ / UN MEREcido HOMENAJE: EMILIA PARDO BAZÁN CIEN AÑOS DESPUÉS

Mayo, mes de la diosa Maya, de la primavera, de la fecundidad y del renacimiento. Qué mejor ocasión para rendir homenaje a la memoria de Emilia Pardo Bazán, mujer vigorosa, genial artista, quien tanta vida y tantas almas engendró con su pluma. Todas siguieron vivas, cuando ella enmudeció definitivamente en Madrid el 12 de mayo de 1921. Como ella misma escribió para Andrés Muruáis:

Dirá el mundo: «Cumplida ya la suerte,
inútil es llorar.
Todos por esa calle de la muerte
tenemos que pasar».
Mundo, escucha. Su frente de poeta
doraba la ilusión:
acaso sed de gloria, sed inquieta,
quemó su corazón.
Como Chénier, el vate peregrino,
¡quién sabe si al morir
a la tumba se lleva algo divino
que no alcanzó a decir!
Cercan las Musas el sepulcro abierto,
Se inclinan hacia él
y murmuran: ¡Quizás! ...», y sobre el muerto
deshojan un laurel.
(Pardo Bazán, *Un recuerdo. A Andrés Muruáis*, 1883).

Para tan señalada ocasión la escritora solo quería que los funerales se celebrasen en sus lugareñas Torres de Meirás —y no Pazo, como estudia Ana M.^a Freire en este monográfico—. También era su propósito que no se admitiesen coronas, «porque la condesa había dicho varias veces que quería que su entierro fuera muy modesto, y que no se le tributaran honores ni homenajes de ningún género» (*La Voz*, 12-5-1921 y, asimismo, según el testamento de la escritora). Su modestia no era falsa, pese a lo que se ha escrito. Muchos de los que la conocieron o que compartieron veladas en su salón solían recordar su excepcional curiosidad, su gran capacidad dialéctica y arte de conversar, también sus risas en el Ateneo, así como un trato llano y afable. Eugenio Ruiz de la Escalera —gacetillero conocido por Monte-Cristo— escribía mucho antes de que la escritora falleciera:

Hay, pues, un atractivo indiscutible en el trato de esta dama cuando no obstante la prevención con que entre nosotros se mira a las literatas, de tal modo cautiva y subyuga a cuantos con ella conversan; y este atractivo consiste principalmente en que, profundamente conocedora del corazón humano, todos sus esfuerzos se dirigen a hacerse perdonar su talento; y si es cierto que en la conversación con las eminencias de la literatura y de la política se eleva a altura a donde su vasta ilustración la lleva, y a donde no todos pueden seguirla, no hay trato más llano ni más corriente que el suyo cuando con los simples mortales habla (Monte-Cristo en Montero Padilla, *El Rinconte*, 14-6-2006).

En el duelo de Emilia Pardo Bazán, considerado nacional, los reconocimientos, las alabanzas y las expresiones de agradecimiento se multiplicaron en discursos, conferencias y actos conmemorativos en el Parlamento, en la Universidad Central y en el Ateneo. Sus obras *Cuesta abajo* y *Un vestido de boda* se volvieron a representar en homenaje a su memoria en el Teatro Princesa (10-VI-1922). La suscripción popular para su monumento en Madrid y la tinta derramada por las hojas de la prensa reunieron a aquellos que tanto la admiraron como a los que antes la habían desdeñado sin reparos. Los óbitos suelen llevar reconocimientos y homenajes a veces demasiado tardíos; aquellos que en vida no se hicieron injustamente por incompreensión, rivalidades, celos o rencores, entre tantos motivos diversos. Los juicios excesivos, las puertas cerradas, los silencios y olvidos: Emilia Pardo Bazán luchó contra todo ello, y se convirtió en una gran profesional y en una mujer de existencia plena, en una sociedad a la que le costaba ser moderna.

Su inmenso legado sigue vigente, a pesar de haber atravesado períodos oscuros entre los lectores y la crítica literaria. Poco después de fallecer, la escritora pasó curiosamente a no ser más que «la Pardo Bazán» y el silencio —cuando no el sarcasmo— acompañó su nombre durante muchas décadas, hasta que algunos jóvenes estudiosos, iconoclastas por atípicos, le dedicaron su atención.

A finales de los 40, José Montero Padilla, Antonio Deaño Gama-llo, José Martínez Cachero, y, en particular, Mariano Baquero Goyanes empezaron a valorar la obra de Emilia Pardo Bazán en sus investigaciones académicas. En unas esferas de sesgado carácter masculino, penetrar por los arcanos de una mujer escritora muy poco estudiada podía parecer algo osado; más aún cuando a ella se le tachaba comúnmente de aristócrata conservadora, de ultracatólica, de soberbia y de engreída. Es evidente, pues, que elegir a Emilia Pardo Bazán frente a otros autores del canon y defender la validez de su obra implicaba poseer un carácter ecuánime, respetuoso, y, sobre todo, enjuiciar la obra literaria por encima de cualquier distingo socio-ideológico e incluso humano. Esto se puede afirmar no solo respecto del legado de doña Emilia, sino también del de otras escritoras mujeres que estos críticos pronto empezaron a reivindicar como realidad histórica. A este respecto, Mariano Baquero Goyanes afirmaba en *El cuento español en el siglo XIX* que «a lo largo de nuestra narrativa del XIX se irá afianzando y aceptando la figura de la mujer escritora, con casos tan conocidos como los de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado, Rosalía de Castro, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, etc.» (1949: 77). Que el lectorado lo aceptase es una cosa, que los estudiosos les dedicasen su atención, otra muy distinta.

El 10 de mayo de 1952 la entonces denominada Universidad de Madrid celebró el primer «Centenario de Emilia Pardo Bazán», con la lección magistral, en pleno sentido de la palabra, a cargo de Evaristo Correa Calderón, junto con la conocida historia sobre doña Emilia, catedrática de aquella universidad, que Francisco Javier Sánchez Catón relató. A partir de entonces fueron incrementando poco

a poco los estudiosos que consagraron sus investigaciones a Emilia Pardo Bazán: Benito Varela Jácome, Nelly Clémessy, Juan Paredes, etc., fueron formando a los pardobazanistas que a partir de los ochenta recuperaron, con gran esfuerzo y esmerado desvelo, la figura y la obra de la escritora, ahora ya simplemente Emilia Pardo Bazán, sin artículos despreciativos. En los trabajos de este monográfico muchos de ellos han colaborado generosamente y, tanto por eso como por su trayectoria investigadora, yo misma les debo mucho.

En 2001, Ana M.^a Freire organizaba las «Jornadas Conmemorativas de los 150 años del nacimiento de Emilia Pardo Bazán» con la Fundación Pedro Barrié de la Maza, evento menos mediático, pero no por ello menos sustancioso que los que se anuncian en este Centenario de su muerte. Tal vez la Musas a las que se refería la escritora en su corona a Muruáis sigan todavía deshojando «el laurel», porque desde hace muy poco años, Emilia Pardo Bazán parece haberse convertido en un icono social. El feminismo fue una de sus principales causas, cierto, pero no fue su única y exclusiva bandera. La cultura y la educación, para todos los españoles, y la libertad de creación con la palabra y la divulgación, fueron asimismo fundamento de su concienzuda y constante labor. Es importante que se siga hoy homenajeando a doña Emilia, pero no olvidemos también cuál fue su vocación vital, para que su obra no quede en la sombra.

Este es el primer monográfico que *Ínsula* dedica a Emilia Pardo Bazán en sus setenta y cinco años de historia, por lo que esas intenciones han orientado los trabajos aquí reunidos. Con ellos hemos querido ofrecer nuevas aportaciones sobre algunos aspectos de su obra —arquitectónica y literaria— hasta ahora menos abordados.

Concluiremos recordando un último homenaje, el que Carmen Díaz de Mendoza, condesa de San Luis, publicaba bajo el título de «Homenaje a una gran escritora. Para don Antonio Maura» (*La Época*, 14-V-1921). En él recordaba las aspiraciones de la escritora por obtener en la Academia Española el sillón «que su talento y su haber le daban por derecho propio».

Impugnaba Carmen Díaz de Mendoza las cuestiones de sexo, para nada baladíes, «ya que la Providencia no hace distinciones a la hora de favorecer a uno u otro con el galardón del genio y la inteligencia», aunque siempre hayan sido «los hombres los encargados de dificultar, con leyes egoístas y absurdas, el desenvolvimiento de cualidades y aspiraciones». Por consiguiente, le preguntaba al presidente de la docta institución:

¿No cree el digno presidente de esta Corporación, que tan valiosas pruebas tiene dadas de su valor cívico, que debiera

aumentarlas con el gallardo gesto de rendir a la insigne muerta el homenaje de un acto único, nombrándola académico honorario y honrándose la Academia con este acto de justicia? Quizá con tan valiosa intercesión en el otro mundo, consiguieran los de éste terminar el inacabable Diccionario que «limpia, fija y da esplendor» al habla castellana.

Si en algunos países como en Francia se solía reparar la ingratitud y los errores cometidos con «sus gloriosas celebridades» —argüía la condesa de San Luis—, tal vez haya llegado, por fin, la hora en España de:

reconocer en el haber de doña Emilia Pardo Bazán, un bagaje literario que, no ya por comparación, sino por simple exposición, reclama imperiosamente un sitio entre los inmortales. A ese espíritu amplio y magnánimo, siempre esclavo del deber, es al que hago un llamamiento en nombre de las mujeres de España, para que rinda ese justísimo homenaje al Napoleón de la literatura española.

Esperemos, cien años después, que el dístico del busto de Molière en la Académie Française, con el que la condesa cerraba su petición

*Rien ne manquait à sa gloire,
Il manquait à la nôtre ;*

pierda, en el caso de Emilia Pardo Bazán, su razón de ser y se convierta en unos versos añejos de un anecdótico recuerdo.

D. T. S.-M.—UNIVERSITE DE PAU ET DES PAYS
DE L'ADOUR (FRANCIA)

D. THION
SORIANO-
MOLLÁ /
UN MEREcido
HOMENAJE...



Emilia Pardo
Bazán

DOLORES THION SORIANO-MOLLÁ / EMILIA PARDO BAZÁN, POETA PRECOZ

Si fuese el uso de mi voz bastante
para alentarte en la difícil vía,
a todas horas te diré: «¡Adelante!».
Es delito, quizá traición impía
enmudecer cuando a la puerta llama
cariñosa la virgen Poésía.
(Pardo Bazán, s. f.)

Poco se conoce a Emilia Pardo Bazán como poeta y no es extraño porque sus versos enmudecieron pronto. Puede que verdaderamente le resultasen «traición impía» mientras los estuvo componiendo, en especial, durante su juventud de casada. Sin embargo, no siempre mantuvo la misma postura. A este respecto, la crítica suele referir la anécdota recogida en sus *Apuntes* autobiográficos sobre el ocultamiento de «mis rimas como se ocultan los pecados» (2001: 327).